

Pekín, vivir el pánico de una epidemia

César Rancés 22 de Mayo del 2003

PEKIN, China - Pekín, ciudad milenaria, capital de diversas dinastías, residencia de emperadores, capital política y cultural de China, sede de las Olimpiadas de 2008, es hoy en día un lugar que vive bajo el pánico de una epidemia que no deja de matar y que ha cambiado el destino no sólo de esta inmensa urbe, sino también el de los ciudadanos que la habitan.

El 14 de noviembre de 2002, justo cuando se anunciaba el cambio de la cúpula del gobierno del país más poblado de la tierra, cuyo nuevo presidente, Hu Jintao, sería nombrado oficialmente en el mes de marzo de 2003, se dio a conocer una noticia que para muchos pasó completamente inadvertida.

En la ciudad industrial de Foshan, a unos 20 kilómetros al sudoeste de Cantón, capital de la provincia del mismo nombre al sur de China, cinco personas habían fallecido víctimas de una extraña y mortífera dolencia, mientras que otras trescientas se encontraban gravemente enfermas.

El hecho de que cinco personas mueran en China, cuya población supera los 1,300 millones de habitantes, no deja de ser una mera anécdota.

Lo importante en este caso era que habían fallecido como consecuencia de una nueva y desconocida enfermedad mortal, cuyos síntomas se asemejan mucho a la neumonía típica.

La información facilitada por la agencia estatal de noticias Xinhua tras estas primeras muertes remitió al cabo de unos días y nunca más se volvió a hablar de esta inexplicable afección hasta que, meses después, saltó nuevamente la alarma en Vietnam.

A principios de marzo, un científico italiano, llamado Carlo Urbani, descubrió en Hanoi que varias personas vietnamitas, que habían tenido contacto directo con ciudadanos chinos de Hong Kong, habían contraído una nueva y fulminante enfermedad, de la cual él mismo murió a los pocos días.

La alerta de la OMS

El 12 de marzo la Organización Mundial de la Salud (OMS) lanzaba una alerta internacional sobre una clase inédita de neumonía atípica, a la cual se le puso el nombre de Síndrome Respiratorio Agudo y Grave (SRAG) -más conocido mundialmente por sus siglas en inglés SARS- detectado en Asia a mediados de febrero.

Sin embargo, desde su primera víctima mortal, un trabajador de una factoría de Foshan, hasta el momento en el que la OMS lanza la alarma mundial, pasaron más de tres meses, tiempo durante el cual el desconocido virus infectó silenciosa y libremente a cientos de personas en diversos países del mundo.

Un médico cantonés, portador de la enfermedad, se alojó en el hotel Metropole de Hong Kong e infectó a doce huéspedes. Estos a su vez contagiaron a diversos médicos y personal sanitario y desperdigaron el virus por los países por donde viajaron: Vietnam, Singapur, Canadá y Estados Unidos.

Al poco tiempo, cientos de personas habían contraído neumonía atípica y comenzaban a fallecer por la carencia de una atención médica correcta y preventiva.

La falta de transparencia y ocultación de información por parte del Gobierno chino, conocedor de la enfermedad desde el primer momento y más preocupado en dar buenas noticias como el nombramiento de la nueva cúpula política, ha supuesto que el contagioso virus se haya extendido ya por todo el planeta, afectando a más de una treintena de países, con más de medio millar de muertos, cerca de 8 mil infectados y aproximadamente 30 mil personas en cuarentena, cifras que no dejan de aumentar de día en día.

Las consecuencias en vidas humanas y en pérdidas económicas suponen una crisis sin precedentes que afecta a toda Asia y que tiene su punto más crítico en China, país cuya credibilidad internacional ha caído por los suelos y cuyos líderes políticos han quedado en ridículo ante la comunidad mundial.

Pekín, el epicentro de la epidemia

Aunque la enfermedad se originó en la ciudad de Cantón, a más de 2 mil kilómetros de Pekín - conocida internacionalmente como Beijing-, ha sido precisamente la capital de China el lugar donde más víctimas mortales e infectados ha habido y donde el azote se ha ensañado con más fuerza, lo que la hace el foco mundial de la epidemia.

Todo comenzó el 15 de marzo cuando un anciano de Hong Kong, infectado a su vez por su sobrina, enfermera que atendía a pacientes de neumonía atípica en un hospital de esa ciudad, viajó en el vuelo CA-112 de la compañía China Airlines hasta Pekín, portando el virus e infectando a su vez a todo el que se cruzaba en su camino, incluidas azafatas, pilotos, viajeros, personal de tierra, etc.

Dos sanitarios que atendieron al anciano en la capital china fueron contagiados, al igual que otras personas que tuvieron contacto con él a su paso por tres hospitales pequineses antes de que muriera el día 20. La bola se hacía cada vez más grande y comenzó a traspasar fronteras y territorios.

El 6 de abril moría en Pekín Pekka Aro, funcionario finlandés de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) tras una estancia de cinco días en Tailandia, lo que desató la alarma entre la población extranjera residente en la capital china.

Las repercusiones en la vida diaria de una urbe de casi 14 millones de habitantes han sido tremendas, por lo que se ha llegado a vivir en un estado de excepción encubierto y con el temor de un cierre total de la ciudad, medida que hubiera provocado un pánico aún mayor del que se vive en la actualidad.

Aunque los periodistas internacionales informaban puntualmente sobre la incidencia de la epidemia en Pekín, los periódicos y televisiones locales hacían caso omiso y, por orden gubernamental, mantenían la información oculta a los ciudadanos.

El 20 de abril, el Gobierno chino, presionado por la opinión pública internacional, decidió hacer público los datos sobre infectados por neumonía atípica, cesó de sus puestos al alcalde de Pekín, Meng Xuenong, y al ministro de Salud, Zhang Wenkang, primeras víctimas políticas de la neumonía y se comprometió a informar, con mayor o menor transparencia, de la evolución de la enfermedad día a día.

De los 34 casos y tres muertos oficiales se pasó en un solo día a los 345 infectados y diez muertos, mientras que en las demás provincias chinas aumentaban los enfermos proporcionalmente, menos en Shanghai, donde durante meses se declaró que únicamente había dos pacientes y ningún muerto, cifras poco creíbles.

Las primeras medidas

Este fue el detonante que hizo que la población de Pekín se enterara de repente de lo que realmente estaba sucediendo a las puertas de sus casas, lo que provocó el pánico general y la toma de diversas medidas preventivas que, como se ha demostrado después, llegaron demasiado tarde.

Cualquier persona que tosiera, estornudara o presentara síntomas febriles, era considerado inmediatamente como sospechoso de poseer la enfermedad, por lo que debía informar a los líderes de su barrio y ser trasladado automáticamente a un hospital.

Los supermercados se vaciaron de existencias. Los productos de primera necesidad, tales como arroz, fideos instantáneos, congelados, aceite, sal y vinagre, desaparecieron de las estanterías, mientras que las farmacias hacían su agosto vendiendo mascarillas, desinfectantes, termómetros, gasas húmedas esterilizantes y remedios de la abuela obtenidos a partir de plantas medicinales que aseguraban prevenir el contagio.

Las oficinas municipales, las empresas estatales, fábricas y negocios oficiales cerraron sus puertas y obligaron a sus empleados a trabajar desde casa o a permanecer reclusos en ellas hasta nuevo aviso.

El Gobierno chino decidió suspender la semana de vacaciones del Primero de Mayo, fiesta internacional del trabajo, fecha durante la cual más de 400 millones de chinos viajaban, regresaban a sus lugares de origen, hacían turismo y gastaban miles de millones de yuanes impulsando la economía y creando empleo.

Esto supuso un duro golpe para todo el país y los rumores, de distinta naturaleza, comenzaron a extenderse por la capital. La ley marcial estaba a punto de ser declarada, avionetas volarían cada noche a baja altura fumigando la ciudad con desinfectante, los aeropuertos, autopistas, líneas férreas y estaciones de autobuses se cerrarían, forzando a Pekín a permanecer en cuarentena absoluta.

La respuesta inicial del gobierno municipal fue apelar a los pequineses a cesar las compras exageradas en los supermercados, pues se aseguraba el suministro normal de todo tipo de productos.

Se colocaron agentes especiales en las tiendas para aconsejar a los clientes la compra moderada a la vez que las cajas cobraban protegidas por mascarillas, gafas quirúrgicas y guantes de látex.

A medida que fue aumentando el número de infectados y de personas puestas en cuarentena, muchos lugares públicos, por orden gubernamental, cerraron sus puertas. Bares, cines, teatros, restaurantes, salas de conciertos, bibliotecas, karaokes, gimnasios, hoteles, museos, tiendas, sucursales bancarias, piscinas públicas, colegios, universidades, centros sociales y demás lugares donde se pudiera dar una concentración elevada de personas permanecieron selladas a cal y canto.

Una sociedad muda

El registro de matrimonios fue suspendido en un intento por evitar aglomeraciones en los banquetes de boda, las ferias de muestras y congresos internacionales se cancelaron hasta nuevo aviso, todo acontecimiento deportivo y cultural cesó inmediatamente. La sociedad quedó muda y paralizada.

Las calles de la ciudad se vaciaron. Más de cuatro millones de personas escaparon de la capital como pudieron. Muchos lo hicieron por tren, compraban los pocos billetes existentes en el mercado negro, otros en avión o autobús. Los que podían se hicieron con un coche, un carromato, una moto, una bicicleta o cualquier otro vehículo por rudimentario que pudiera parecer. Lo importante era abandonar Pekín a cualquier precio.

De golpe la ciudad amaneció desierta. El tráfico había desaparecido, los autobuses pasaban sin viajeros, el metro apenas llevaba pasajeros, los carriles para las bicicletas, antes repletos, ahora estaban vacíos. Los pocos que se atrevían a salir a la calle lo hacían provistos de mascarillas.

Los más precavidos llevaban gorros asépticos, gafas protectoras y peucos de plástico cubriendo los zapatos. Los más exagerados mostraban máscaras anti-gas como si se hubiera declarado una guerra química.

Las medicinas de todo tipo se vendieron rápidamente, pues los residentes evitaban en todo momento acudir a un hospital por miedo a contagiarse de la terrible enfermedad. Los centros sanitarios, incluyendo los internacionales, exigieron a todo el que entraba en sus instalaciones lavarse las manos con loción antibactericida y tomarse la temperatura.

El olor a desinfectante...

En muchos centros residenciales se prohibió conversar con los vecinos dentro del ascensor y se obligó a usar mascarilla en todas las zonas comunes.

Los transportes públicos aparecieron con carteles pegados en sus ventanas testificando que habían sido desinfectados esa mañana, a la vez que a los conductores de taxis y autobuses se les obligó al uso de mascarilla y guantes y a llevar en todo momento bajadas las ventanillas del vehículo.

El olor a lejía, vinagre y desinfectante sustituyó al típico aroma primaveral de los jardines repletos de flores que hay por toda la ciudad, mientras que el aire pareció detenerse en un intento por no extender el virus por vía aérea –aunque aún no se ha demostrado si realmente se contagia por este método-.

Diversas embajadas obligaron a todo personal que no fuera estrictamente necesario regresar, junto con sus familias, a sus países de origen, a la vez que otras realizaban cuarentenas o facilitaban mascarillas homologadas a sus residentes.

Durante más de cinco semanas la vida normal de la ciudad continúa paralizada. No se mueve el dinero, no se vende nada. Las tiendas de ropa cierran por falta de clientes, las zapaterías no tienen a quién vender, los hoteles están vacíos, las agencias de viajes sin viajeros, los restaurantes sin clientes, las discotecas sin nadie que les baile.

La legendaria Plaza de Tian'anmen, lugar donde se encuentra el mausoleo de Mao, la Gran Sala del Pueblo y el Museo de la Revolución China, no tiene quién la visite. Uno puede sentirse como un auténtico emperador amarillo paseando por las estancias y pasillos vacíos de la Ciudad Prohibida o rogarle en solitario al Templo del Cielo que termine pronto con esta nueva plaga que asola la ciudad.

Las repercusiones económicas y sociales son incalculables, aunque el gobierno lo niegue y siga lanzando campañas maoístas para animar a la población a "luchar contra la epidemia" como si de un enemigo físico se tratara.

Las últimas consignas del Ministerio de Propaganda animan a alistarse al Partido Comunista de China para luchar contra la terrible enfermedad o piden confianza en los ciudadanos pues "sus gobernantes derrotarán el mal" que vino de dentro.

Por todas partes se pueden ver vallas publicitarias y carteles animando a la población a combatir el virus con puños cerrados que aplastan al infiel y consignas tipo "la unión hace la fuerza" o "juntos derrumbaremos murallas".

Mientras los obreros llegados del campo a la ciudad en busca de un futuro seguro regresan a sus casas persiguiendo el cobijo que un día decidieron abandonar, los empleados sin contrato vuelven a sus pueblos natales, el desempleo crece, los extranjeros retornan a sus países, la gente se encierra en casa y el Gobierno insiste en que la "imparable economía china no se verá afectada por la epidemia", pues sigue creciendo a un ritmo del 9.9 por ciento y, como dijo Julio Iglesias en su día, "la vida sigue igual".

Aprender a vivir con SARS

Las campañas publicitarias animan a la gente a "aprender a vivir con alegría la enfermedad" mientras olvidan que sus ciudadanos se mueren por falta de atención médica, respiradores artificiales o doctores capacitados.

Enfermeras, médicos y demás personal sanitario abandona sus puestos de trabajo pese a la promesa de un aumento de sueldo que pasa de los 30 dólares (32 euros) a los 300 dólares (320 euros) mensuales.

Los dirigentes dejan la ciudad y se instalan en sus mansiones del campo a la espera de tiempos mejores, mientras Wu Yi, la "Dama de Hierro", artífice de que China ingresara inexplicable e inmerecidamente en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y recién nombrada ministra de Sanidad, se ve obligada a aceptar la ayuda norteamericana ante la escasa capacidad de los hospitales nacionales.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) intenta hacer su trabajo y asegurar una mínima asistencia sanitaria y control de la epidemia, sin embargo choca contra la falta de transparencia de un Gobierno que, pese a haber prometido represalias a quien oculte datos, sigue encubriendo una realidad que no le gusta.

Pekín, sede de las Olimpiadas de 2008, ve como su futuro esperanzador, su imagen internacional y su prestigio ganado a golpe de martillo, escavadoras, grúas y talonarios se derrumba ante una evidencia que pesa más que ella: la tan deseada globalización no consiste únicamente en abrir los brazos y recibir millones de dólares en ayuda, inversiones extranjeras y transacciones comerciales, la globalización va más allá de lo social y comienza por decir la verdad, sea buena o mala.

El Gobierno chino no ha aprendido aún a decir al mundo lo que verdaderamente pasa en su país, no es más que una forma de pedir ayuda a los que pueden ofrecérsela, una manera más de globalización en una aldea mundial donde un virus a puesto en jaque a una sociedad oscura, cerrada y centralizada.

(cursivas añadidas)ccjs